

mo Sur de San Sebald y se dirige en línea recta al río. Pero á unos veinte pasos, levanto la cabeza y veo encima de una puerta, que ha sido y es aun la del paso público, un gran bajo-relieve de singular aspecto. Hé aquí lo que se figura en él. Un pesador del siglo XVI, de pie en medio del cuadro, mira en el aire el fiel de una gran balanza, cuyos platillos tienen, uno las pesas que acomoda un dependiente, y el otro un gran lío que se levanta con dificultad. El propietario de la mercancía, viejo de rostro ceñudo, requiere lentamente y con aire mohino su bolsa, como si no le agradara el precio, que se le pone, y se adivina el coloquio que sostiene con el pesador público. En una cinta que sale de la boca de éste, se leen estas palabras: «Para tí como para los demás.» Esta regla de equidad pública está espresada en un excelente estilo cómico. La obra es de Adam Krafft, y es lástima que no haya tenido ocasion de ejercitar con mas frecuencia su cincel en este género: así tendríamos á la vista las costumbres del siglo XVI, en oposicion á las costumbres modernas. Con esta disposicion sonriendo ó riendo, siento que la impresion de la bella obra de Vischer está medio borrada.

Mi emocion torna á ser profunda. Al volverme leo en una lápida de mármol fija en la pared, una inscripcion en letras de oro, cuya traduccion es esta:

«JUAN PALM, LIBRERO,  
HABITABA AQUÍ EN 1806.  
FUE VÍCTIMA  
DE LA TIRANÍA  
NAPOLEÓNICA.»

¿Quién era este Juan Palm? ¿Qué relacion hay entre él y Napoleon? ¿Por qué y cómo fue su víctima?

Por entonces lo ignoraba: ahora ya lo sé.

Un dia de aquel año (1806), en que de buen ó mal grado, se cedió á Baviera la ciudad de Nuremberg (1), Juan Palm recibió secretamente el aviso de que el mariscal B. habia dado orden de prenderlo y á instancias de su familia salió de la ciudad y fué á refugiarse á Erlangen. Algunos dias despues, no pudiendo estar separado de sus hijos y no teniendo por otra parte ningun remordimiento de conciencia,

(1) Las guerras de Trento y de los Siete Años empeñaron á Nuremberg. Su crédito habia decaido, su industria languidecia, su poblacion decrecia considerablemente. En 1796 sus viejas murallas no le sirvieron de nada contra nuestro ejército. La vieja ciudad imperial se vió obligada á confesar que no se podia sostener mas por sí misma. Entonces se le ocurrió la idea de ofrecerse á uno de sus antiguos burgraves, al rey de Prusia; pero éste comprendió que le costaria demasiado cara. El acta de la confederacion germánica fue quien dió en 1806 el estado de Nuremberg á Baviera y hasta aquí la ciudad se encuentra bien hallada.

volvió de noche á Nuremberg y se ocultó en un aposento de su casa. Las pesquisas habian cesado y él se creia ya seguro. Pero sospecharon su vuelta y le tendieron un lazo en que al fin hubo de caer. Una mañana vino á la librería un pobre muchacho mal vestido y presentó á la mujer del librero una lista de suscripciones para la viuda de un soldado alemán, segun decia y solicitó hablar con el mismo librero; Palm sin desconfianza ninguna lo hizo entrar á su aposento y le dió algun dinero. El muchacho salió luego, y poco despues, entraron bruscamente unos soldados franceses, se dirigieron, sin preguntar al aposento de Palm y lo condujeron preso ante el mariscal.

B. lo sometió sin demora al consejo de guerra donde acusado de ser autor ó editor de un folleto titulado: «*La Alemania caída en una profunda degradacion*,» respondió que él no habia escrito ni impreso semejante obra ofreciéndose á probar plenamente que los ejemplares secuestrados en su casa formaban parte de un paquete de libros cuyo contenido ignoraba, como tambien que no habia vendido un solo ejemplar de aquel folleto.

El consejo pasó adelante y «atendido que nada era mas urgente que cortar el progreso de las doctrinas hostiles al derecho de las naciones, al respeto debido á las testas coronadas y á todos los principios de orden y subordinacion,» Juan Palm fue condenado á muerte.

El dia siguiente fue pasado por las armas, en Branau.

Antes de mandar hacer fuego, se le preguntó otra vez por el nombre del autor del folleto. Palm lo rehusó.

Palm era luterano y en Branau no habia ningun ministro de su religion. Dos sacerdotes católicos le ofrecieron sus auxilios, que él aceptó con gratitud.

Uno de ellos, el padre Tomás Polschl, cura de Salzburgo, despues de la muerte de Palm escribió á su viuda una admirable carta de que copiamos algunos párrafos.

«Le enviamos á decir que sí, á pesar de lo que separaba nuestra fe de la suya, nuestra presencia y exhortaciones en aquella hora solemne le podian servir de consuelo, que iríamos sin demora, asegurándole que en otro caso nos guardaríamos de serle importunos. Juan nos contestó que seríamos bien recibidos y en efecto, fuimos y escuchó atentamente todo lo que nos pareció bien decirle sobre la caridad y la fe en un sentido general; porque nuestro respeto á los sentimientos de tolerancia y fraternidad cristiana nos prohibia turbar en aquella hora suprema las convicciones religiosas de su infancia. En seguida recitó con profunda devocion sus dos himnos favoritos *Alles ist an Gottes Segen*, y *Gott Lob, wenn ist es wieder*

*Morgen*, y nos rogó os encargáramos se los enseñáreis á vuestros hijos, añadiendo que estos himnos habian sido siempre para él una fuente de consuelo y de paz especialmente en las últimas horas del 20 de agosto.

«Quiso tambien recibir la comunión segun las formas del culto luterano; pero fue imposible complacerlo, no habiendo aquí sacerdotes protestantes. Lo tranquilizamos, sin embargo, sobre este punto, asegurándole que el Señor, Salvador nuestro, está ciertamente con todos aquellos que como Juan lo buscan de corazón y observan su ley en la vida y en la hora de la muerte.

»Muchas horas pasaron en estas palabras de consuelo. Las últimas que él pronunció fueron dirigidas á Dios en una fervorosa y tiernísima plegaria rogándole tuviera piedad de vos y de sus hijos. Nosotros le aseguramos que podia tener confianza en la bondad divina.»

Juan Palm murió con un valor héroico.

La nueva de su muerte cundió por toda Alemania con la rapidez del rayo; pero á nadie intimidó cómo se lo habian propuesto: al contrario, hizo nacer en todas las almas una indignacion profunda. Aun hoy se pronuncia en toda Baviera el nombre de Juan Palm con cierto resentimiento.

En 1862 se le erigió al pobre librero nurembergo una estatua en el mismo sitio en que fue sacrificado.

Vuelvo á mi posada. Se me invita á inscribirme en el libro de los viajeros ¿Quién resistió nunca á la curiosidad de recorrerlo? Desea uno y espera vagamente encontrar en él el nombre de un amigo ó á lo menos el de un compatriota. Despues de pasar centenares de ingleses y alemanes, encuentro un solo francés ¿Quién era? Me dicen que este personaje hacia reír grandemente á toda la gente de la fonda, y era conocido por el sobrenombre de *Monsieur vice l'argent!* por tener esta exclamacion siempre en la boca. Este representante de la Francia, tan espontáneo y jovial llevaba áuestas muestras de alambres. Está bien: el hierro vale plata, oro y aun mas. La mas modesta industria da derecho á levantar la frente. Un rico comerciante es todavía de muy distinta importancia que un sabio ó un filósofo. A cada cual su turno se suele decir: nada mejor. Pero sea uno lo que quiera debe hacer respetar en todas partes la dignidad de su patria: la cualidad de francés obliga á ello.

Entre los ingleses que comen al mismo tiempo que yo hay un adolescente, discípulo de Eton, supongo que lee y aprende de memoria á Homero y Virgilio alternativamente. Su preceptor es un viejo cuya fisonomía seria y triste me interesa ya y no sin razon, pues parece desgraciado. ¿Qué sombras hay en su fren-

te y qué pena en sus ojos! ¡Imagino que para recorrer la Europa con su discípulo le ha sido preciso abandonar á su mujer y á sus hijos! A veces se entretiene en corregir con cierto interés las pruebas de una obra de erudicion latina: es sin duda una última esperanza de celebridad ó de lucro. Esta mañana ha traído dos juguetes bien insignificantes, una cubeta con cerco de cobre y un estuche en que se desenvuelve un raro dibujo en laton, y mientras los revolvia en sus manos, los miraba reflexivo; despues una ligera sonrisa animó su semblante. Esta tarde ha recibido una carta, cuya secreta lectura ha hecho asomar las lágrimas á sus ojos.

19 de Setiembre.

En el momento en que para salir trazo el plan del dia, entra un mozo introduciendo á un viejo muy limpiamente vestido que quiere hablar conmigo.

Yo lo miro desde lejos con cierta desconfianza.

—¿Es un guia?

—Señor, es un sastre.

—No necesito al sastre.

El mozo encogiéndose de hombros hace una señal al viejo para que se explique él mismo.

El vejete tiene en la mano un sombrero negro, y tan grande que cabrian en él dos ó tres cabezas como la suya; su parduzca levita le llega á los talones, y abierta deja ver su blanca camisa, un chaleco de terciopelo violeta casi nuevo y una cadena de plata. Su rostro está tan arrugado que me es casi imposible formar idea de lo que son sus narices y su boca. El hombre dice que habla en francés, y es menester que lo diga para conocerlo.

—Job Steyer, señor; soy Job Steyer, me dice:

—Sea enhorabuena, le contesto.

—Vengo con todo respeto, señor, á facilitarle el medio de ver el globo Behaim.

—Ese globo pertenece á la ciudad, y está en la biblioteca: ya lo veré, cuando pase por allí.

—Perdone el señor. El globo se le ha restituido, despues de mucho tiempo á la familia Behaim, que en la estacion de verano está siempre ausente de aquí, y si el señor no es particularmente conocido del encargado del Mayor Beahin, creo que no conseguirá ver lo que mas desea en Nuremberg.

—¿Cómo sabe este sastre lo que yo deseo? dije yo para mí.

—El encargado, añadió el vejete, parte esta tarde. Si quiere el señor ver....

¿Lo reusaré? pensaba yo. Despues de todo, este hombre ha adivinado mi pensamiento, y me recuerda un deber. Además, estoy muy convencido de que haria mal en llevarme de las indicaciones de la gente del hotel. M. Galimberti no deja de ser compla-

ciente; pero no es muy aficionado á hablar, y sus mozos recién venidos de las orillas del Rhin y de Suiza no saben nada aun de Nuremberg. Pensando solo en el globo, tomo mi sombrero y sigo al vejete, que pasa orgullosamente por entre la gente de la casa. Es el triunfador y yo su conquista.

Atravesamos una plazuela donde se ha erigido á Alberto Dürero una bella estatua de bronce por un modelo del célebre escultor de Berlín Rauch, muerto hace poco tiempo.

En la calle Teresa (*Theresien Strasse*) el viejo sastre empuja una puerta grande y veo un patio



Patio de una casa en la calle Teresa.—De fotografía.

visitarlo, tenía en una mano la Biblia, y con la otra mecía á su hijo menor.

Durante este tiempo el sastre se retira y vuelve poco despues precedido de un señor muy grave que trae un manajo de llaves, y me invita á seguirlo.

Entramos en una casita que hace frente á la iglesia: su interior indica el bienestar, y aun la fortuna. La escalera de madera es elegante, aunque un poco maciza. Subimos á una sala del segundo piso donde está el archivo de la familia. El globo está en medio en un círculo que apoya en una especie de trípode.

El globo no es mas que una vieja bolita cubierta con una vitela ennegrecida por el tiempo y manchada á trechos con descoloridas tintas. Pero ¿quién puede verlo sin indiferencia? Apenas Behaim acababa de trazar en él el contorno de todas las tierras, hasta entonces conocidas, cuando tres caravelas salían de Palos al mando de Colon á descubrir otro hemisferio. El globo de Behaim es como el límite

medio lleno de toneles y decorado con balcones de madera y una escalera de agradable escultura.

—Aquí hay, me dijo, una manufactura de tabaco. En la plaza de San Gil, en una bella casa que pertenece á M. Fuchs entreveo una estrecha escalera de espiral al aire libre, cuyo techo es de un gusto exquisito.

Al lado de la iglesia de San Gil y delante del gimnasio real, fundado en 1526 se alza una estatua de Melanchthon, hecha por el escultor Burgschmidt.

Párome á contemplar la estatua de aquel reformador que el día en que uno de nuestros sabios, fué á

miliario que marca el término de los conocimientos geográficos anteriores á Colon. Un paso mas allá se levanta el velo, la luz del genio disipa las tinieblas y el viejo Occidente admirado ve doblarse como por un milagro la estension del teatro humano.

Yo considero con respeto este precioso monumento de la cosmografía del siglo XV: mi vista se detiene mucho tiempo en la isla Antilla (1), marcada por Behaim entre Europa y Asia al Oeste de las Canarias á los 24° de latitud, casi bajo el signo de cán-

(1) Esta isla había sido ya indicada en algunas cartas, pero no en la misma situación. Nótese tambien en este globo una cadena de islas que Behaim señaló entre los 43° Norte y los 40° Sur hácia el extremo del Asia. Admirase uno de no ver en ella la designacion del estrecho de Magallanes. En efecto, Herrera refiere en sus *Décadas* que Magallanes había confiado al obispo de Burgos la certeza en que estaba de descubrir este estrecho por haber visto una carta dirigida por un tal Martin de Bohemia (*Behaim*) portugués, á la isla Fayal, cósmografo de gran nombre que le había dado grandes luces sobre este punto.



Plaza del mercado.—De fotografía.

cer. Behaim había notado científicamente en este punto los presentimientos de los cosmógrafos y de los navegantes mas eminentes de su época, entre los cuales tenía derecho de contarse él mismo, bien que

su retrato pintado en una bandera del Museo germánico, da antes la idea de un bello y valiente caballero que de un sabio. Nacido en Nuremberg en 1459, de padres nobles, originarios de Bohemia, había co-



Escalera de la casa Fuchs.—De fotografía.

nocido en su ciudad natal al astrónomo Regiomontanus (Juan Muller de Koenigsberg, de *regio*, Koenings, *monte berg*), y desde su juventud había hecho grandes adelantos en las ciencias. A ejemplo de otros patricios, había viajado al principio como representante de uno de los ramos del alto comercio de Nuremberg. Había visitado los Países-Bajos, Italia, España, Portugal. En la corte de Lisboa se inflamó en la pasión de los descubrimientos geográficos, que

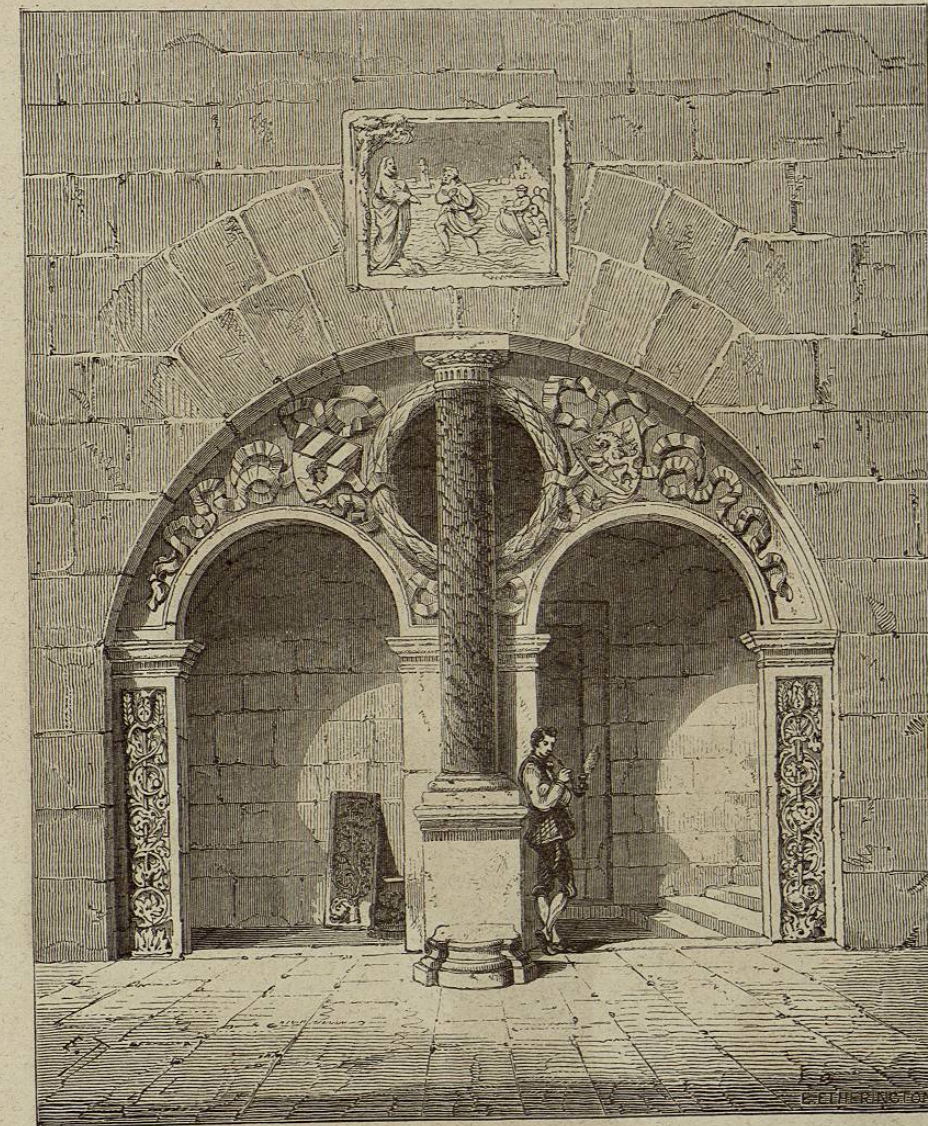
alentaba la política sabia y generosa de Juan II, llamado el *Perfecto*, y puso sus conocimientos, su ardor y su espada al servicio del rey. No es dudoso, al parecer, que tomara parte en las exploraciones portuguesas en las costas del Africa occidental, especialmente en la expedición al Gabon. En 1486 se casó en las Azores con la hija del caballero Hurber de Moerkirchen gobernador de las islas Fayal y Pico (1).

(1) Tiénese por cierto en Nuremberg que Behaim, cuando

Portugal había venido á ser su segunda patria y murió en Lisboa en 1506.

Sin embargo, en 1491 quiso volver á Nuremberg, donde permaneció hasta fines del año siguiente. En este tiempo fue cuando hizo su globo, considerado

con razón por sus contemporáneos como obra de gran importancia científica á la vez que como ingeniosa novedad. Para satisfacer la curiosidad de los hombres instruidos y del público, fue menester construir numerosos ejemplares de esta imagen de la tierra en



Casa Tucher. Puerta de la capilla.—De fotografía.

miniatura, de lo cual se originó una nueva industria. Desde 1510 los fabricantes de globos formaban

en Nuremberg una corporación distinta y sus globos eran célebres en toda Europa (1).

Mi contemplación ha debido durar mucho tiempo.

vivia en la isla Fayal desde donde casi tenía ya un pie en el Nuevo Mundo, tuvo relaciones con Cristóbal Colon á quien ayudó y alentó con sus consejos y demostraciones. Colon, dice Herrera, se afirmó en el pensamiento de buscar al Oeste un derrotero hácia las Indias orientales, con las razones de su amigo el portugués, Martin de Bohemia, gran cosmógrafo de la isla Fayal.

En 1485 Juan II hizo á Behaim caballero del Espíritu Santo;

le entregó la espada en una ceremonia pública. Lo nombró también miembro de una comisión (*Junta de matemáticos*) encargada de buscar los medios de calcular la altura del sol. Behaim discípulo, como se ha visto, de Regiomontanus, construyó un astrolabio para el uso de la navegación.

(1) La biblioteca de la *rue Richelieu*, posee una copia del globo de Behaim, hecha en Nuremberg en 1848.